



# La Santa Sede

---

***DISCURSO DEL SANTO PADRE PABLO VI  
DURANTE LA VISITA OFICIAL  
DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ITALIANA\****

*Sábado 12 de junio de 1965*

*Señor Presidente:*

Nos estamos hondamente agradecidos a Vuestra Excelencia por la visita con que hoy ha querido honrarnos. Pero Nos lo estamos especialmente, Nos complace manifestarlo con leal satisfacción por haber querido reservar a Nos, humilde pero auténtico Sucesor de aquel Pedro cuya Cátedra irradia sobre el mundo desde Roma y desde Italia su testimonio de verdad y de amor, por haber querido reservarnos –repetimos– la atención y el privilegio de la primera visita oficial que realiza fuera de los confines del Estado Italiano, en esta sede de Nuestra soberanía temporal que es condición e instrumento de ese mismo testimonio, aun con su pequeñez territorial. La delicadeza de su intención no Nos es insensibles sino que, por el contrario, suscita en Nuestro corazón un sentimiento de sincera benevolencia, ante todo hacia su persona y también hacia la dignidad que le ha sido conferida en la conducta de la vida nacional.

Nos sentimos una gran satisfacción en poder manifestarle en estos momentos la alta estima que Nos nutrimos hacia su persona. Siguiendo con interés a V. E. en sus actividades y en las leales y respetuosas relaciones que lo unían a nuestro recordado Predecesor Juan XXIII. Non no hemos olvidado tampoco la gentilísima visita que Nos hizo, ni su distinguida presencia, en calidad de Ministro de Asuntos Exteriores, cuando, con ocasión de Nuestra peregrinación a Tierra Santa, S. E. salió a Nuestro encuentro en el territorio italiano, a saludarnos a la salida y a nuestro regreso. Nos tenemos presentes sus nobles y justas declaraciones en defensa de Pío XII, de venerable recuerdo. Finalmente, Nos hemos participado íntimamente en los acontecimientos familiares suyos, especialmente en las pruebas que, hace muy poco tiempo todavía, lo han herido en sus sentimientos de afecto más delicados. Todas estas cosas sirven para manifestarle, con la misma espontaneidad con que brotan de nuestro corazón en estos momentos, nuestros sentimientos de

cordial reconocimiento y devoto aprecio.

Su presencia, Señor Presidente, la cortés intención que le ha traído aquí y la forma solemne que reviste, Nos hacen considerar también en su persona el altísimo oficio que lo califica y lo distingue y mueven Nuestro ánimo a abrazar con una palpitación de reverente afecto a toda la Nación Italiana, a la que V. E. tan dignamente representa y cuyo saludo y felicitación Nos trae también Vuestra Excelencia. Nos lo sentimos, el Pueblo Italiano está aquí presente con V. E. para atestiguaros su gentil devoción, su generosidad abierta y espontánea y el reconquistado equilibrio entre su secular fe religiosa y su ardiente amor patriótico.

La historia atormentada y espléndida de la noble Nación Italiana, dotada por Dios de incomparables dones de sentimiento y de inteligencia, de virtudes morales y de piedad cristiana, está ahí para demostrar que esos dos polos no deben excluirse, sino más bien completarse mutuamente; no deben oponer estériles antagonismos, sino prestarse una sabia y cordial cooperación, ya que cuando se han puesto pacíficamente en armonía, tanto en la profunda espiritualidad personal y en el desarrollo de las actividades exteriores, como en la síntesis cultural y en la expresión artística, es cuando se han conseguido mayores frutos.

Los nombres de Dante Alighieri y de Miguel Ángel Buonarroti, cuyos centenarios han atraído sobre Italia la atención de todo el mundo, son la prueba más convincente de esta feliz comunión. Tal integración mutua ha encontrado una manifestación histórica, jurídica e incluso espiritual en los Pactos del Letrán, en los que las relaciones entre la Santa Sede y el Estado Italiano han hallado una definición satisfactoria y estable con real contento y reconocida ventaja por ambas partes. Dichos Pactos demostraron igualmente su positiva estabilidad durante el último conflicto, robusteciéndose incluso y demostrando que eran un valioso elemento moral para la tarea posterior de reconstrucción nacional.

Nos abrigamos la esperanza de que esta reconstrucción y fecunda armonía producirá también en el futuro sus providenciales resultados para beneficio de toda la población. Así, pues, Nos formulamos el más amplio y cálido augurio para que Italia sepa progresar unida y concorde por el camino real que la fe de los antepasados señaló con tan alto prestigio, tanto en las soberbias expresiones del arte y de la cultura, como en el modesto y ordinario curso de la vida cotidiana; para que encuentre en el pasado motivos para un renovado impulso hacia la salvaguardia de los valores familiares, morales y espirituales que la hicieron noble y digna de universal estima; para que progrese incesantemente en la búsqueda de un bienestar justo y de una sana prosperidad de sus ciudadanos, a la luz de los principios sociales, valorizados por el Cristianismo, aquellos principios que aún en los documentos más recientes de Nuestros Predecesores han hallado una franca correspondencia de aplausos y de realizaciones tanto en Italia como en el resto del mundo; y, finalmente, para que Italia, fiel al nombre católico, encuentre en él no ya motivo de divisiones molestas y nocivas, sino una fuente de comunes sentimientos, de sano equilibrio, de perennes conquistas espirituales y de digna representación en el concierto de la colaboración internacional.

He aquí los votos que Nos formulamos para todo el Pueblo Italiano, encomendándoselos a Vuestra Excelencia, Señor Presidente, con Nuestra paternal Bendición para Vuestra Excelencia, para la querida Nación, para sus Autoridades, para sus libres instituciones y para las obras de su inteligencia y de su trabajo.

---

\*ORe (Bueos Aires), año XV, n°664, p.8.

---